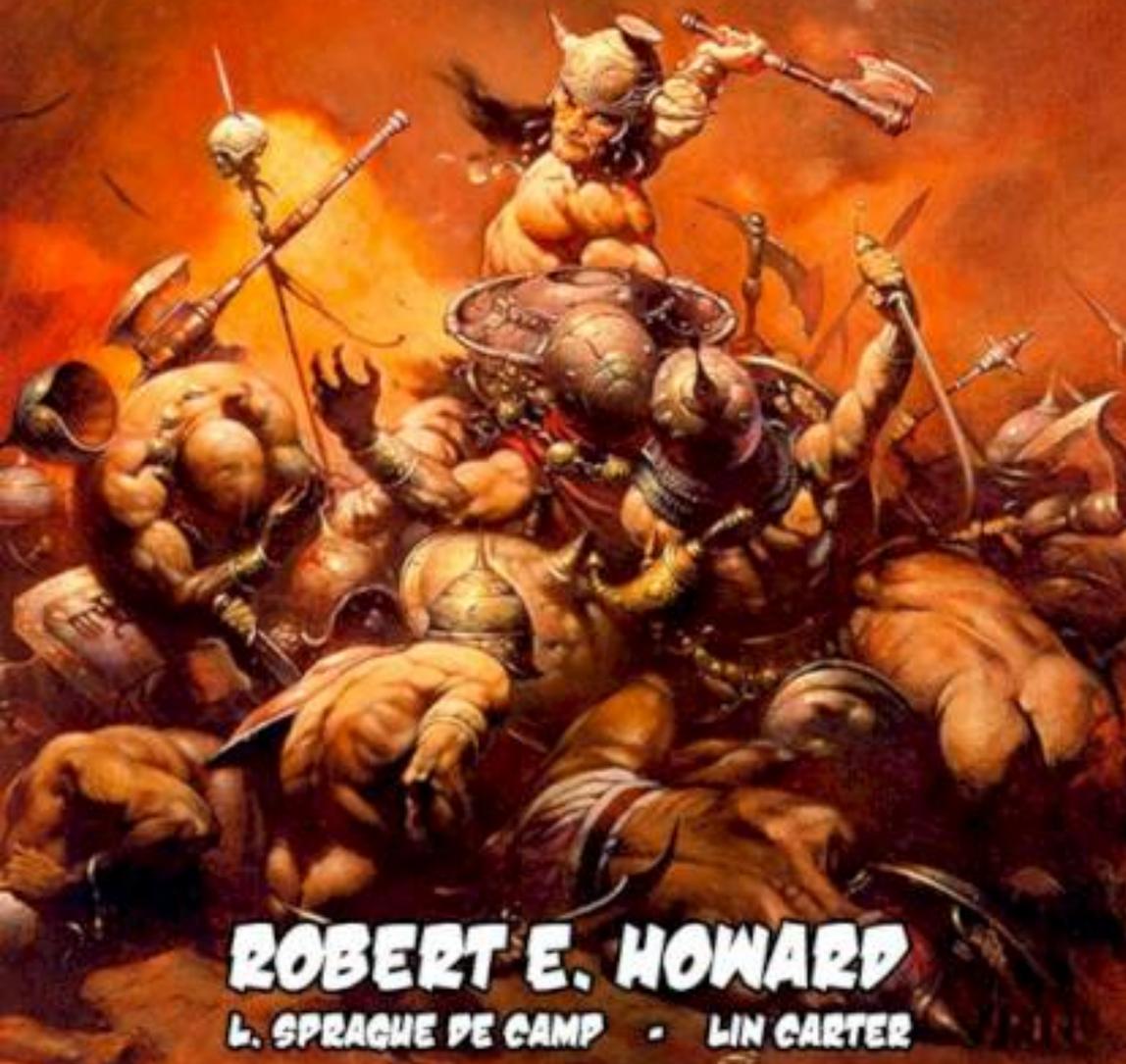


CONAN

EL BÁRBARO



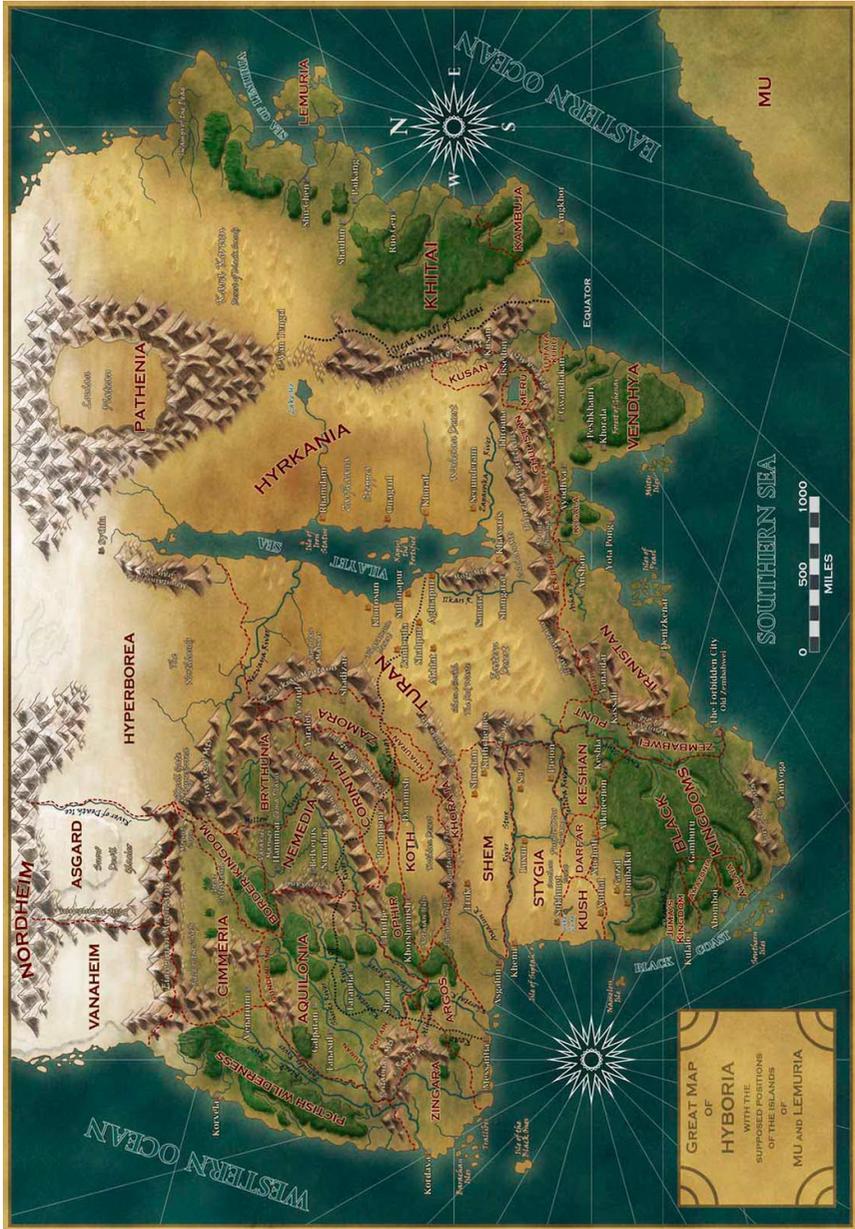
ROBERT E. HOWARD

L. SPRAGUE DE CAMP • LIN CARTER

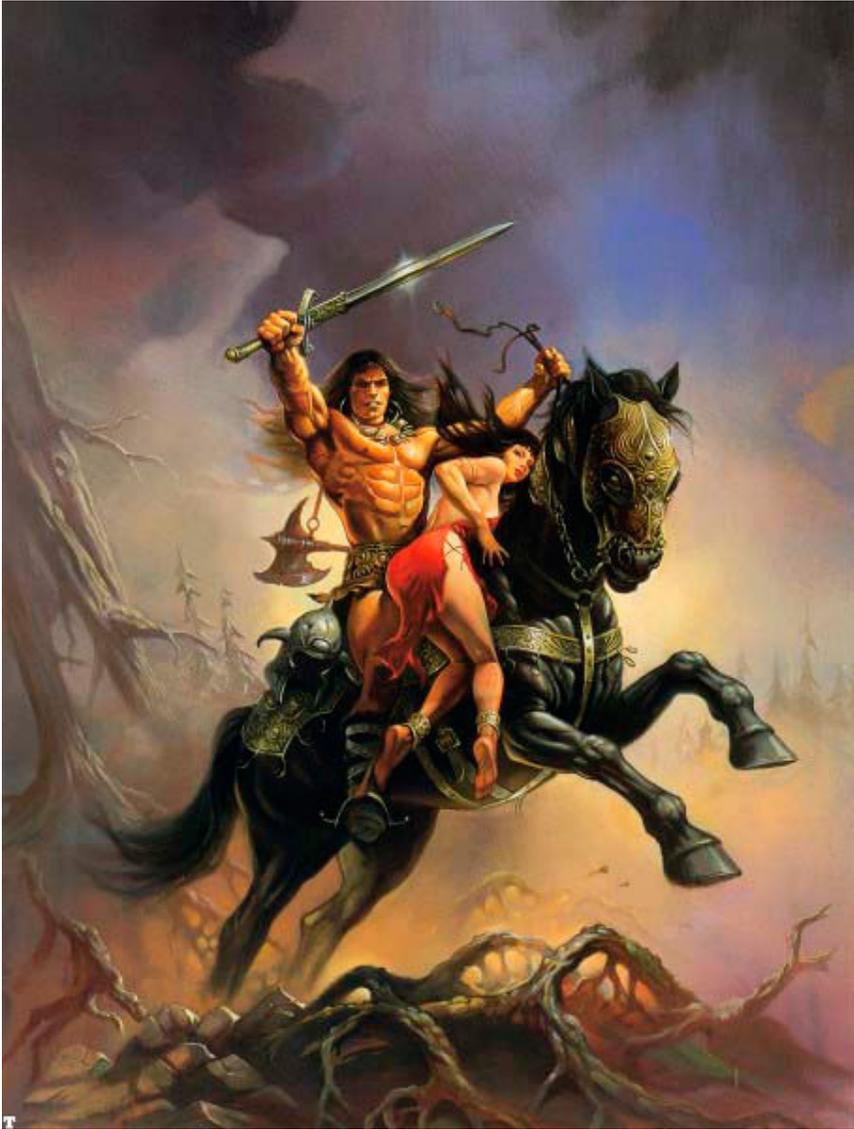
«Conan el bárbaro» es la creación más popular de Robert E. Howard y uno de los hitos de la cultura popular moderna. El personaje se ha convertido en el arquetipo fundamental de la fantasía heroica, a la que Howard dio su forma definitiva con el ciclo de relatos que le dedicó originalmente en la revista «Weird Tales».

El ciclo de narraciones de Conan fue sistematizado por L. Sprague de Camp a finales de los años sesenta, en una serie de doce libros. De Camp le dio al ciclo una continuidad de la que carecía hasta ese momento, adaptando relatos inéditos de Howard y añadiendo aportaciones propias y de otros colaboradores. En 1973 la Editorial Bruguera lanzó al mercado algunas de las novelas de Conan, concretamente un total de once libros de los doce que existían hasta la fecha (el libro que no fue publicado por Bruguera fue el titulado *Conan de Aquilonia*).

Durante los años 1995 y 1998 la editorial Martínez Roca decidió publicar todos los libros de Conan, ateniéndose al orden cronológico de sus aventuras. Se reeditaron los once títulos de Bruguera y, paralelamente a su reedición, también se publicaron los Conan inéditos, aquellos títulos que posteriormente fueron incorporados a la historia del personaje por parte de nuevos autores. La presente edición digital ofrece los doce libros originales de L. Sprague de Camp, en la traducción de la editorial Martínez Roca.



CONAN



Introducción

Robert Ervin Howard (1906-1936) nació en Peaster, Texas, y no en Cross Plains, como se ha dicho muchas veces, si bien pasó la mayor parte de su vida en esta última ciudad, situada en la zona central de Texas, entre Abilene y Brownwood. Su padre era médico local y, al igual que su madre, era descendiente de pioneros norteamericanos. Howard recibió su educación básica en Cross Plains y terminó el bachillerato en Brownwood, en la Brownwood Highschool y en la Howard Payne Academy. Después de seguir algunos cursos universitarios en el Brownwood College, se dedicó de lleno a su vocación literaria.

De niño fue un inadaptado, especialmente en Texas, debido a su inteligencia precoz. Durante algún tiempo fue objeto de las provocaciones que suelen padecer los niños brillantes pero físicamente débiles. Tal vez como compensación, se convirtió en un fanático de los deportes y de la gimnasia y llegó a ser un consumado boxeador y jinete. Con ello pronto se terminaron las provocaciones, sobre todo porque al alcanzar la madurez medía más de un metro ochenta de estatura, era musculoso y pesaba unos noventa kilos. Era introvertido, poco convencional, caprichoso e irritable, propenso a sentimientos extremos, a atracciones intensas y aversiones violentas. Como la mayoría de los escritores jóvenes, era un ávido lector. Era colega y amigo de los escritores fantásticos H. P. Lovecraft y Clark Ashton Smith.

Durante los últimos diez años de su vida (1927-1936), Howard escribió y publicó en revistas una gran cantidad de relatos de ficción menores de distintos géneros: deportivo, de detectives, del Oeste, históricos, de aventuras orientales, cuentos de misterio y fantasmagóricos, además de poesías y cuentos fantásticos. Antes de cumplir los treinta años ganaba como escritor más dinero que cualquier otra persona de Cross Plains, incluyendo el banquero de la ciudad, aunque no era mucho porque durante los años de la depresión económica las revistas pagaban poco y con retraso.

Si bien Howard tenía un considerable éxito en su trabajo y era un hombre fuerte y corpulento como sus héroes, era un inadaptado y tenía trastornos psíquicos. Antes de su muerte, habló durante varios años de su intención de suicidarse. A la edad de treinta años, al enterarse de que su anciana madre —a quien quería con una devoción exagerada— estaba al borde de la muerte, puso fin a su prometedora carrera literaria pegándose un tiro. Su relato «*Clavos rojos*», una historia de la serie de Conan, así como su novela interplanetaria *Almuric*, se publicaron en *Weird Tales* después de su muerte.

Howard escribió varias series de cuentos de fantasía heroica, en su mayoría publicados en *Weird Tales*. Howard era un narrador nato, cuyos relatos no han sido superados en cuanto a realismo, interés y al dinamismo de la acción. Sus héroes —el rey Kull, Conan, Bran Mak Morn, Turlogh, Solomon Kane— son míticos: se trata de hombres de pasiones ardientes y una voluntad indomable, que imponen fácilmente su personalidad en las historias que protagonizan. Howard explicaba de la siguiente manera su preferencia por héroes de enormes músculos y entendimiento corto:

«Son seres elementales. Cuando los metes en un lío, nadie espera que te devanes los sesos inventando modos su-

tiles y maneras ingeniosas para hacerles salir del atolladero. Son demasiado estúpidos para hacer otra cosa que cortar, golpear o arrastrarse hasta quedar libres».^[1]

De todas las obras fantásticas de Howard, las que han gozado de mayor popularidad han sido las historias de Conan. Estas transcurren en una imaginaria Edad Hiboria, situada hace unos doce mil años, entre el hundimiento de Atlantis y los albores de la historia. Howard escribió —o al menos empezó— más de veinte relatos de Conan, de los cuales dieciocho se han publicado en vida del autor o poco después de su muerte, uno de ellos en un «fanzine» y el resto en *Weird Tales*. Howard nos explica de la siguiente manera cómo comenzó a escribir sobre Conan:

«Si bien no llego tan lejos como para creer que los relatos están inspirados por espíritus o poderes ocultos (aunque me opongo a negar nada categóricamente), en ocasiones me he preguntado si es posible que ciertas fuerzas desconocidas del pasado o del presente —o incluso del futuro— actúen a través del pensamiento y de los actos de hombres vivos. Esto se me ocurrió especialmente mientras escribía las primeras historias de la serie de Conan. Recuerdo que no se me había ocurrido ninguna idea en varios meses y me sentía absolutamente incapaz de escribir algo publicable. Entonces dio la impresión de que de repente ese Conan empezaba a crecer en mi cabeza sin grandes esfuerzos por mi parte, e inmediatamente comenzó a fluir un aluvión de relatos de mi pluma —o mejor dicho, de mi máquina de escribir— casi sin dificultad. No tenía la sensación de estar creando, sino de estar contando cosas que habían ocurrido. Un episodio sucedía a otro con tal rapidez que apenas podía mantener el ritmo. Durante varias semanas no hice más que escribir las aventuras de Conan. El personaje tomó ple-

na posesión de mi mente y no me permitió hacer otra cosa que escribir su historia. Cuando intenté deliberadamente escribir sobre otros temas, no pude hacerlo. No pretendo dar a esto una explicación esotérica o secreta, sino que me limito a los hechos. Hasta el día de hoy sigo escribiendo los relatos de Conan con más energía y lucidez que los de mis otros personajes. Pero probablemente llegue el momento en que de pronto me sienta incapaz de escribir de manera convincente acerca de Conan. Esto ha ocurrido anteriormente con casi todos mis personajes; de repente me siento incapaz de concebir una sola idea, como si aquel hombre hubiera estado agazapado detrás de mí guiándome en el trabajo y de improviso se diera media vuelta y se marchara, dejándome solo en busca de otro personaje».^[2]

«Puede parecer fantástico asociar la palabra “realismo” con Conan, pero en realidad, y dejando de lado sus aventuras sobrenaturales, es el personaje más real que he creado jamás. Es, sencillamente, una combinación de distintos hombres que he conocido y pienso que a eso se debe que haya adquirido tan grandes proporciones así como una entidad propia en mi consciencia desde el momento en que escribí los primeros relatos de la serie. Algún mecanismo de mi subconsciente tomó las principales características de diversos boxeadores, pistoleros, contrabandistas, fanfarrones, tahúres y honrados trabajadores que yo había conocido y, al combinarlos, se produjo la amalgama que yo llamo Conan el cimmerico».^[3]

A lo largo de los últimos veinte años han aparecido, entre los papeles de Howard, una gran cantidad de manuscritos de historias no publicadas. Entre estas figuran ocho relatos de Conan, algunos completos y otros sin terminar, así como bosquejos y fragmentos. Mi tarea ha consistido en preparar para su publicación la mayor parte de estos rela-

tos, completando los que estaban sin terminar. También he escrito, en colaboración con mis colegas Lin Carter y Björn Nyberg, varios pastiches basados en algunas pistas que encontramos en las notas y cartas de Howard, a fin de llenar las lagunas existentes en el legendario relato. Dos de ellos aparecen en este libro.

Cuando apareció el manuscrito del relato titulado «El dios del cuenco» en el año 1951, lo revisé a fondo antes de su publicación. Para esta edición, sin embargo, he vuelto al manuscrito y he preparado una versión mucho más fiel al original, con un mínimo de cambios y correcciones a efectos de su publicación.

He dado el nombre de «fantasía heroica» a un subgénero de novela que otros llaman historias de «espada y brujería». Se trata de historias de acción y aventuras que se desarrollan en un mundo más o menos imaginario en el que la magia funciona y aún no se ha descubierto la ciencia moderna ni la tecnología. Las historias pueden tener lugar (como las demás historias de Conan) en nuestro planeta Tierra tal como se cree que fue hace mucho tiempo o que vaya a ser en un futuro lejano, o también puede tratarse de otro planeta e incluso de otra dimensión.

Estos relatos combinan la atmósfera y el ingenio de los libros de aventura o de caballería con la emoción y el estremecimiento atávicos y sobrenaturales de los cuentos de misterio, de ocultismo o de fantasmas. Cuando están bien escritos proporcionan la diversión más pura que puede ofrecer una novela de cualquier género. Es una literatura de evasión que nos permite alejarnos del mundo real y adentrarnos en un mundo en el que todos los hombres son fuertes, todas las mujeres son hermosas, la vida es siempre una aventura, los problemas son sencillos y nadie menciona el impuesto sobre la renta, el problema de los marginados ni la seguridad social.

William Morris fue el precursor de la fantasía heroica en Gran Bretaña en la década de 1880-1890. A comienzos de

este siglo, lord Dunsany y Eric R. Eddison desarrollaron aún más este género. En los años treinta, la aparición de la revista *Weird Tales* y más tarde *Unknown Worlds* permitió una mayor difusión de este género literario, y también se escribieron muchos relatos célebres de espada y brujería. Entre estos se pueden citar los de Howard, con personajes como Conan, Kull y Solomon Kane; los cuentos macabros de Clark Ashton Smith acerca de Hiperbórea, Atlantis, Averonia y el continente futuro de Zotique; las historias de Atlantis escritas por Henry Kuttner; las de C. L. Moore sobre Jirel de Joiry, y las de Fritz Leiber acerca de Fafhrd y el Ratonero Gris.^[4] (También podría mencionar los cuentos de Harold Shea escritos por Fletcher Pratt y por mí.)

Después de la segunda guerra mundial, la venta de revistas de este género disminuyó considerablemente y durante algún tiempo dio la impresión de que la literatura fantástica iba a ser una nueva víctima del maquinismo. Luego, con la publicación de la trilogía de *El señor de los anillos* de J. R. R. Tolkien y la reedición de numerosas obras anteriores del género, este recibió un gran impulso y se volvió a poner de moda. En estos momentos triunfa una vez más, por lo que es inevitable que se ponga nuevamente al alcance del público a una de sus grandes figuras —Robert E. Howard— y el mejor producto de su imaginación: las legendarias aventuras de Conan.

L. Sprague de Camp

Carta de R. E. Howard a P. S. Miller

A comienzos del año 1936, dos aficionados a las historias de Conan —el educador y escritor de ciencia-ficción P. Schuyler Miller y el químico doctor John D. Clark— elaboraron un esquema cronológico de la vida y aventuras de Conan y dibujaron un mapa del mundo de la Edad Hiboria a partir de los relatos que habían aparecido hasta ese momento. Miller escribió una carta a Howard en la que le hablaba de los resultados de su investigación. Howard le contestó, exactamente tres meses antes de su muerte, con una carta que arroja una nueva luz sobre lo que él pensaba acerca de Conan y del ambiente en que se desarrollan dichos relatos.

Lock Box 313 Cross Plains, Texas

10 de marzo de 1936

Estimado señor Miller:

Me siento muy honrado de que usted y el doctor Clark se hayan interesado hasta tal punto por Conan como para hacer un esquema cronológico de su vida y aventuras y un mapa sobre los lugares en que vivió. Tanto uno como otro son asombrosamente exactos, teniendo en cuenta la imprecisión de los datos de que ustedes disponían. Tengo guardado en algún lugar el mapa original —es decir, el que dibujé cuando comencé a escribir las aventuras de Conan—,

que trataré de encontrar para que puedan echarle un vistazo. En él aparecen solamente los países situados al este de Vilayet y al norte de Kush. Nunca intenté hacer el mapa de los reinos del sur y del este, si bien tengo una idea clara de su geografía.

Sin embargo, cuando escribo acerca de estas regiones me siento bastante libre, dado que los habitantes de las tierras hibóreas del oeste conocían tan poco acerca de los pueblos del sur y del este como la gente de la Europa medieval acerca de África y Asia. Cuando escribo sobre los pueblos hibóreos me siento encerrado dentro de los límites de tierras conocidas y de fronteras rígidas, pero al imaginar y novelar el resto del mundo, me siento capaz de dejar jugar libremente la imaginación. Es decir, que al haber aceptado ciertas ideas acerca de la geografía y de la etnología, me siento obligado a mantenerlas a fin de ser coherente. Mis ideas respecto al este y al sur, en cambio, no están tan definidas ni son tan arbitrarias.

En lo que se refiere a Kush, sin embargo, puedo decir que es uno de los reinos negros del sur de Estigia, el que se encuentra más al norte y ha dado nombre a toda la costa meridional. Por tanto, cuando un hibóreo habla de Kush, generalmente no se refiere a ese reino —uno de los muchos que hay allí— sino a los de la Costa Negra en general. Y seguramente llamará kushita a cualquier negro, aunque sea keshanio, darfario o punti, o propiamente un kushita. Esto es natural, puesto que los kushitas fueron los primeros hombres negros con quienes entraron en contacto los hibóreos; se trataba de piratas de las Islas Barachas, que sojuzgaron a los kushitas y traficaron con ellos.

En cuanto al destino final de Conan, debo decirle francamente que no puedo predecirlo. Al escribir estas historias, siempre he tenido la impresión de que estaba haciendo una crónica de sus aventuras tal como él me las contó y no de que las estaba creando. Por eso en ellas se salta de un tema a otro sin seguir un orden normal. Los aventureros,

al contar historias de su vida salvaje, rara vez siguen un plan ordenado, sino que *narran* acontecimientos muy alejados en el tiempo y el espacio, a medida que los van recordando.

El esquema hecho por ustedes se *adapta casi* perfectamente a su vida tal y como yo la he imaginado, con pequeñas diferencias. Como ustedes deducen, Conan tenía unos diecisiete años cuando se presentó al público por primera vez en *La Torre del Elefante*. Aunque todavía no era un adulto, era más maduro que la mayoría de los jóvenes civilizados de aquella época. Conan nació en un campo de batalla, durante una contienda entre su tribu y una horda de invasores de Vanir. La región que el clan de Conan consideraba suya y por la que ellos merodeaban se encontraba al noroeste de Cimmeria, pues si bien Conan descendía de distintos pueblos, era un cimmerico de pura raza. Su abuelo pertenecía a una tribu del sur que había huido de su gente por una contienda racial, y que después de mucho vagar se refugió finalmente entre los pueblos del norte. Este abuelo había participado en su juventud, antes de huir, en numerosas incursiones contra los pueblos hibóreos, y tal vez fue lo que le contó a Conan acerca de aquellas tierras benignas lo que despertó en este, siendo niño, el deseo de conocerlas. Hay muchos aspectos de la vida de Conan que yo mismo no conozco bien. Por ejemplo, no sé cuándo vio por primera vez seres civilizados. Puede haber sido en Venarium o quizá en una visita pacífica que hizo a alguna ciudad fronteriza. En Venarium ya era un gran adversario, aunque sólo contaba con quince años. Medía más de un metro ochenta de estatura y pesaba ochenta y dos kilos, aunque aún seguía creciendo.

Pasó aproximadamente un año desde que estuvo en Venarium hasta que llegó a *Zamora*, la ciudad de ladrones. Durante este tiempo regresó a las tierras del norte en las que vivía su tribu e hizo su primer viaje fuera de las fronteras de Cimmeria. Por extraño que parezca, se dirigió hacia

el norte en lugar de ir hacia el sur. No sé qué motivos tuvo para hacerlo, pero estuvo algunos meses viviendo con una tribu aesir, luchando contra los vanires y los hiperbóreos; allí surgió un odio por estos últimos que duró toda su vida y más tarde influyó en su actitud política como rey de Aquilonia. Fue capturado por ellos, pero huyó hacia el sur y llegó a Zamora a tiempo para aparecer en letras impresas.

No estoy seguro de que las aventuras que se narran en *Villanos en la casa* transcurrieran en Zamora. La presencia de facciones políticas de oposición parecería indicar lo contrario, dado que Zamora tenía un régimen de despotismo absoluto en el que no se toleraban las opiniones políticas divergentes. Yo tiendo a pensar que la acción se desarrolló en una de las pequeñas ciudades-estado que se encontraban al oeste de Zamora, y a la que Conan había llegado en su vagabundeo después de abandonar precisamente Zamora. Después volvió por un breve período de tiempo a Cimmeria, e hizo algunos viajes esporádicos a su tierra natal. El orden cronológico de sus aventuras se ajusta más o menos al que ustedes han elaborado, sólo que abarca un espacio de tiempo más extenso. Conan tenía unos cuarenta años cuando lo coronaron rey de Aquilonia, y cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco en la época de *La hora del dragón*. Por aquel entonces no tenía ningún heredero varón porque no se había preocupado por casarse formalmente con una mujer a la que convertiría en su reina, y los hijos de las concubinas, que eran muchos, no eran reconocidos como herederos al trono.

Creo que Conan fue rey de Aquilonia durante muchos años, y tuvo un reinado turbulento y agitado, cuando la civilización hibórea había alcanzado su máximo esplendor y todos los reyes tenían ambiciones imperiales. Al principio luchó a la defensiva, pero creo que al final se vio obligado a iniciar guerras de agresión en defensa propia y como medida de protección. No sé si tuvo éxito y logró conquistar un gran imperio, o si por el contrario pereció en el intento.

Conan viajó mucho, no solamente antes de su reinado, sino también después de subir al trono. Estuvo en Khitai y en Hirkania e incluso viajó a remotas regiones que se encontraban al norte de Khitai y al sur de Hirkania. También visitó un continente desconocido del hemisferio occidental y vagó por las islas adyacentes. No puedo predecir con exactitud cuáles de estos viajes serán incluidos en mis cuentos. Me han parecido muy interesantes sus observaciones acerca de los hallazgos en la península de Yamal; es la primera vez que oigo hablar de ellos. Sin duda alguna Conan conocía muy de cerca a esas gentes, o al menos a sus antepasados.

Espero que *La Edad Hiboria* les parezca interesante. Adjunto a esta carta una copia del mapa original. Es cierto que Napoli ha hecho un buen trabajo con Conan, aunque a veces tengo la impresión de que le da un aspecto latino a su rostro que no concuerda con el tipo de personaje que yo imagino. Sin embargo, esto no es motivo suficiente para preocuparse por el asunto.

Espero que los datos que les mando respondan satisfactoriamente a sus preguntas. Estaré encantado de intercambiar ideas acerca de cualquier otro tema, o de entrar en detalles acerca de cualquier otro aspecto de la vida de Conan, o bien de la historia o de la geografía de Hiboria que a ustedes les interese. Gracias una vez más por el interés que han demostrado. Reciba mis mejores saludos y hágale llegar mis mejores deseos al doctor Clark.

Cordialmente,
Robert E. Howard

P.S. No me han dicho si quieren que les devuelva el mapa y la cronología, por lo que me tomo la libertad de conservarlos para enseñárselos a algunos amigos. Si desean que se los envíe, les ruego me lo hagan saber.